

O.C. Lomb IX

La vida es siesta

HABLABAN una vez más de la primera materia nacional, de lo que suele denominarse la masa, del pueblo. Aunque pueblo—el griego *demos*—sea más bien esa masa ya organizada. Hablaban una vez más de ella, y como siempre que de ella entre nosotros se habla, unos la diputaban por lo mejor que tiene España, por lo menos maleado, y otros, en cambio, sostenían que es lo peor, y que con ella ni puede hacerse nada de provecho ni se puede llegar a término alguno.

—¿Caciques?—decía uno—Los caciques los hacen los caciqueados; nuestra masa necesita caciques, los apetece y los busca. «El hombre es lobo para el hombre», decía el refrán; pero yo diría más bien que el hombre es borrego para el hombre. Con este pueblo no cabe hacer cosa de provecho. ¡Vaya una lechigada! Son, naturalmente, serviles, y lo son por estar adormilados. Para ellos lo más sagrado es la siesta.

—¡Y si no se les ha enseñado otra cosa!...—insinuó otro.

—¡Ya salió la pedagogía! ¿Pero no ves, alma de Dios, que los maestros que habían de enseñarle otra cosa salen de su seno mismo, salen de la masa? ¿O es que los maestros son de otra estofa que la del pueblo?

—El pueblo—indicó un tercero—quiere acordeón. Y como veo que esto os suena como acertijo, os lo voy a explicar. Hay una región entre el Noroeste de la provincia de León y el Suroeste de Asturias, región montañesa bravia, donde la masa, el pueblo, escoge por sí mismo los maestros que a temporadas han de enseñar a sus hijos. Y hay hasta una feria de maestros, de maestros babianos. Se les llama babianos porque proceden, en general, de Babia, localidad, que se ha hecho proverbial, de la montaña leonesa de ese lado. Cada maestrillo babiliano expone en la feria cuáles son los problemas que sabe o los primos que puede enseñar; pero vence el que sepa tocar el acordeón.

—¿Para que se lo enseñe a los niños?

—No, sino para que a su son bailen mozos y mozas, y acaso para adormecerlos y que se pasen así la siesta de la vida. Porque la vida no es sueño para ellos, como para Calderón de la Barca y sus contemporáneos lo fué; la vida para ellos es siesta, y siesta sin ensueños. Hay que sestear la vida lo más alegremente posible.

—Eso me recuerda—añadió otro, un asturiano—lo que leí en un libro de mi paisano D. Aurelio de Llano de

Roza de Ampudia, libro *Del folklore asturiano*, en que habla de mitos, supersticiones y costumbres de Asturias. Y es que contándole al autor en Sames, concejo de Amieva, cierta broma macabra que se permitió un anciano en un velorio, abrazando al muerto por los pies y pidiéndole que le buscara un buen sitio en la otra vida, rodando el muerto sobre el bromista y armándose con esto un toletole, por correr de miedo los vecinos, como D. Aurelio dijese que era todo ello poco serio, le contestó el informante; «¡Ah! Pues verá usted lo que pasó aquí en Taranés; aquello sí que tuvo gracia; ¿dice usted que es poco serio? Si no fueran estas cosas, ¿con qué nos íbamos a entretener en estas montañas?» Lo que como véis es filosofía de acordeón de Babia. O de gaita, o de pito, o de zampaña.

—Sí—dijo otro—; los velorios y los entierros son una diversión, un modo de pasar el rato. Y esta España que a nosotros nos suele parecer fúnebre les resulta a ellos un teatro divertido. Porque se divierten con la tragedia. La filosofía popular es filosofía de tamboril y gaita y hasta cuando hay entierro. «Comer, no comeremos; ¡pero lo que nos hemos reído!...» Y es indudable que el reír engorda.

—De todo lo cual se saca—arguyó el primero—que del pueblo, de la materia prima nacional, de la masa nada podemos esperar para nuestra obra.

—¿Y cuál es nuestra obra, se puede saber? Porque nosotros, maestros babianos también, que le vamos al pueblo con nuestro acordeón regeneracionista o reformista, hemos salido de ese pueblo, de esa materia prima, de

esa masa y la llevamos en las entretelas del corazón. O más bien en las del bandullo. Ahora andamos, por ejemplo, con eso de las responsabilidades; pero, ¿no os suena ya a acordeón? ¿Es que lo tomamos en serio?

Todos los demás protestaron contra esta insinuación, sosteniendo que sí, que tomaban en serio y muy en serio lo de las responsabilidades, que es la última forma que ha tomado el regeneracionismo que nació hacia 1898.

—¡Si todo esto nos diese siquiera una obra literaria duradera!...—susurró uno.

Los demás callaron, y hubo entre ellos quien cavilaba un nuevo drama: «La vida es siesta». Un drama en que figuraran duendes, brujas, saludadores, caciques, concejales, futbolistas, ex-ministros, trasgos, la estantigua y el misterioso chapiro verde, que no se sabe si es pez, reptil, pájaro o árbol o piedra preciosa. Un drama de género chico, por supuesto, y hasta de astracán; una bufonada.

Luego se pusieron a hablar de las próximas elecciones generales a Cortes. Y de nuevo se discutió y se diseó al pueblo, a la masa. Y de nuevo salió a relucir el fatídico círculo vicioso de que el pueblo necesita ser educado, pero los que han de educarle salen de él y con sus mismas taras.

El que cavilaba el nuevo drama «La vida es siesta» hundiéndose en un escudriño, y era resolver por pura cavilación, reconcentrándose, que sea el chapiro verde. Que es todo un problema para coger la siesta.

MIGUEL DE UNAMUNO

(Nuevo Mundo, Madrid).



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SUALES